

IMPERIALISMO

Iñaki Aginaga

LA CRISIS HEGEMONICA

Buscar, atribuirse y utilizar la mayor capacidad posible de violencia actual y virtual a su alcance, disminuyendo o anulando la de los demás, tal es la norma fundamental de la política de las naciones, la única que éstas conocen y reconocen.

El brusco desenlace del período de hegemonía bicéfala y del equilibrio del terror nuclear como determinantes del orden mundial de la postguerra ha dejado en manos de la superpotencia única la función dirigente de la relaciones internacionales.

La eclosión, evolución e involución de la democracia americana, sus ambigüedades y contradicciones históricas y sociológicas, anunciaban límites y derivas que no escapaban ya a la perspicacia y penetración de Tocqueville. Entre aislacionismo, intervencionismo, equilibrio, orden internacional, hegemonía e imperio, de la guerra de independencia contra el imperialismo europeo a la guerra entre los Estados y la conquista del Far-west, de la guerra de Cuba a los Catorce puntos, de la reacción aislacionista a la guerra contra el fascismo internacional y al terrorismo de masa de Durango, Gernika, Coventry, Dresde, Hiroshima o Nagasaki, de las grandes mareas de decolonización a la guerra fría y sus accesorias calientes, del duopolio nuclear y la rehabilitación-exhaltación del régimen del general Franco y sus sucesores a la guerra del Vietnam y sus consecuencias, de la promoción y abandono de la Sociedad de Naciones a la fundación y consunción de las Naciones Unidas, de la Guerra del golfo a las guerras de Afganistan, Irak y lo que vendrá, las vacilaciones históricas de la hegemonía hacia el imperio universal parecen finamente haberse desvanecido.

El estudio más o menos científico y contravertido por las escuelas clásicas-realistas-pragmatistas o idealistas-moralistas-optimistas-utopistas de la historia y las relaciones internacionales no ha conducido a gran cosa de nuevo. Realpolitics, match-politics, power-politics, balance of power, statu quo, paz, seguridad y estabilidad a la europea, han suscitado y encontrado en las antiguas colonias la emulación teórica y práctica que podía esperarse. Consideradas por Tucídides, Maquiavelo, Vitoria, Vattel, Hobbes, Spinoza, Montesquieu, Rousseau, Hume, Kant, Clausewitz, Marx, Engels, Lenin, Boukharin, Kautsky, Treitschke, Lasson, Gumploiwcz, Ranke, Lutstend, Olivecrona, Triepel, revisitadas, revisadas y, a veces, criticadas por Mackinder, Munford, Perry, Schumpeter, Weber, Aron, Guttner, Foerster, Ossietzky, Kaplan, Katzenbag, Austin, Jessup, MacDougal, Schwarzenberger, Northrop, Niebuhr, Osgood, Schuman, Spykman, Morgenthau, Carr, Waltz, Hoffman, Bzerzinski, Kissinger y Pinochet Ugarte. Confrontadas a la práctica de una administración cada vez más extendida e incontrolada, las vacilaciones se han resuelto una vez más, como cabía esperar, con la fatal victoria final de Lansing sobre Wilson y de Mr. Hide sobre el Dr. Jekyll. El resultado es la administración de Georges Bomber Busch. (All that for this).

Podría verse en todo ésto el último y ultimado avatar de la escuela “realista, pragmatista, materialista, cínica” tradicional. Las relaciones internacionales se han regulado siempre por la violencia. La necesidad y eficacia de la violencia para resolver conflictos sociales es una banalidad que no merece más comentario, salvo entre los teóricos hipócritas de la “no-violencia” fascista. Pero la idea de que la violencia y el terrorismo unilaterales, aun con el concurso de los más terribles medios de destrucción masiva, permitan resolverlos

todos, o que signifiquen, impliquen o produzcan una superioridad correspondiente de capacidad en todos los campos y una relación de fuerzas que autoricen un proceso de dominación total, sólo un equipo ignorante, grosero, brutal, vanidoso, pretencioso, primario y obtuso puede ir tan lejos en el reduccionismo de las relaciones internacionales en su realidad global. El pretendido realismo ha llevado así al supremo irrealismo. Cualquiera que sea la capacidad de violencia de que disponen y la superioridad militar que ello les confiera, los problemas y la resistencia de los hombres han demostrado siempre los límites y el carácter ilusorio de tales soluciones. Sus impulsores se han roto siempre el morro más pronto o más tarde y, con frecuencia, más pronto que tarde.

El recurso unilateral a la violencia y el terrorismo como solución de todos los problemas políticos a escala universal es una tentación de todas las grandes potencias, latente también en la oscilación intervencionismo-aislacionismo de la política tradicional americana. Su actual asunción tiene por consecuencia el arrogante y despectivo abandono del derecho internacional, de las UN, del compromiso y el equilibrio de fuerzas, por defectivos que sean, de la estabilización política, del package-deal jurídico, de los contrapesos económicos y culturales, se resuelve en la norma única de comportamiento universal político y jurídico, en la simple instrumentalización declarada y caso por caso de las ideas al servicio de la propaganda la guerra psicológica y la intoxicación de masas.

Deshecho el equilibrio del terror establecido por el duopolio nuclear y la guerra, fría o caliente, de la paz de equilibrio se ha pasado a una tentativa de paz hegemónica, que se parece a veces a la paz de imperio y otras a la "anarquía" o la ley de la selva. A un "orden" mundial embrionario sucede el inevitable desmadre de la violencia multilateral y multacentrada. El terrorismo absoluto en manos de la potencia hegemónica, como solución de los conflictos que incesantemente el imperialismo suscita, ha puesto sus límites a la vista de sus propios actores. Los pretenciosos y suficientes aprendices de brujo, los eminentes redescubridores de una realpolitik de parvulario, los padrinos del nuevo deal, el protectorado a escala mundial, han abierto una vez más la caja de Pandora, que es también el baúl de los truenos.

La crisis de identidad, de eficacia y de prestigio del derecho internacional, la puesta al desnudo de la cruda realidad de las relaciones internacionales, es un mecanismo de acción inmediata y prolongada, cuyas consecuencias materiales y morales pueden ir mucho más lejos de lo que sus prepotentes causantes pueden sospechar. Las declaraciones, convenciones y otras normas internacionales de derechos se conciertan y reconocen por todos los participantes con más facilidad que nunca, puesto que nadie piensa seriamente en cumplirlas. La "liberación" unilateral de la potencia hegemónica y su clientela de tan molestas trabas ha liberado de ellas a todos los demás. Si la potencia hegemónica fabrica sus propias normas "internacionales", las demás tratarán de hacer lo mismo. Nadie respeta de entrada un "derecho" de parte en cuyo establecimiento no figura sino como objeto de represión.

L'idéologie dominante a toujours cru ou fait croire que le communisme, comme avant lui d'autres doctrines et mouvements révolutionnaires menaçait l'ordre politique et social, en tout cas tel qu'il était établi. En réalité, le communisme etc ont consolidé le fondement de

tous les régimes, le principe même de l'ordre social et politique, donnant aux opprimés la perspective du progrès dans un monde futur et meilleur qui les conditionne, en réalité, pour accepter l'actuel. C'était la fonction de la religion quand le monde y croyait, c'était la fonction du communisme, quand il n'y croyait plus. Dans le monde d'après-communisme, on ne met plus en question *un* système politique et social, on met en question *le* système et *tout* l'ordre socio-politique.

La violencia unilateral se resuelve en la violencia multilateral sin compromiso ni alternativa. Poder o no poder, that is the question. La jaula o la jungla, son la clásica alternativa que la potencia hegemónica cree poder resolver en provecho propio.

Las relaciones internacionales se han establecido y modificado siempre según el rapport político de violencia. Pero de una larga y forzosa convivencia resultaban costumbres, normas, package-deals, limitación y parsimonia de violencia, que ahorran choques continuos, inútiles y destructivos, indeseables para todos. Su ruptura lleva a la confrontación violenta como solución universal y caso por caso de los conflictos.

Aparentemente, los USA han abandonado o traicionado su veleitaria vocación inicial de libertad y democracia para adoptar con todo cinismo la de hegemonía y dominación universales. La joven república ha madurado o envejecido, abandonando sus virtudes o debilidades originales, adquiriendo el cinismo, los resabios y adoptando los métodos de las naciones cargadas de historia que precedieron y mostraron el camino. Para bien o para mal, pese a quien pese y tómesese como se quiera, los USA son ya mayores de edad y una nación como las otras. No peor que otras, ni siquiera tan mala como otras, si se quiere recordar o imaginar lo que han hecho o harían españoles y franceses en posesión de un arsenal político-bélico comparable.

¿Un país que, con todas sus limitaciones, surgió movido por valores de libertad, que tanto ha aportado al progreso de la democracia en el mundo, puede hundirse sin resistencia en el fascismo y el imperialismo? ¿Puede aceptar de buen grado un modelo de "democracia" burocrática y administrativo-militar como las viejas tiranías de Francia o España? ¿Se trata del efecto pasajero de luchas y traumatismos circunstanciales o de una implantación nueva y profunda de maniáticos e irresponsables del imperialismo, la violencia, la guerra y el terrorismo? ¿El gangsterismo fascista e imperialista que se ha apoderado del gobierno y la administración americanos puede o no ser frenado y rechazado y puede esperarse la reacción posible del fértil espíritu puritano, liberal y democrático tradicional?

Un eventual y problemático "estrato social" es, según Schumpeter, el terreno de cultivo y selección necesario del "material humano de calidad suficiente" para establecer una "clase política democrática". Su ausencia, deterioro, debilitamiento o desaparición ha llevado a su sustitución por la plutocracia del Este que, a partir de la guerra entre los Estados de 1861-5 no ha cesado de reforzar su hegemonía social y política sobre la Unión. Cuenta ahora con una clase de funcionarios, administrativamente creada e informada, inversión o reversión de la administración políticamente inducida y desestabilizada del antiguo spoil system. Del régimen funcional de Weimar, cuyo déficit político Weber y el mismo Schumpeter resaltaban, a la dictadura burocrático-castrense del Nuevo Régimen francés,

que Marx y Engels celebraban y denunciaban, los diversos precedentes son suficientemente expresivos de las orientaciones, implicaciones y consecuencias de tales soluciones.

El optimismo autocentrado y la satisfacción endógena, la interpretación primaria y simplista de las relaciones internacionales, la buena conciencia y el maniqueísmo populistas son consecuencia lógica, como sus referencias liberales y democráticas, de la breve historia de una comunidad colonial y campesina confrontada a un desarrollo económico y un poder planetario excepcionales, con las virtudes y las carencias de los pueblos campesinos. Por muchas armas de destrucción masiva de que disponga, Georges Butcher Bush seguirá siendo un paleta, pero de nueva generación, con los defectos pero sin las virtudes de sus predecesores.

La propaganda de la nueva banda hegemónica supone, para dar los resultados que de ella se esperan, el embrutecimiento previo de sus pacientes por los modernos monopolios de propaganda. Si esta condición viene a faltar, la reacción puede ser peligrosa para sus pretenciosos agentes.

Por ahora, la autosatisfacción primaria de los nuevos-ricos amos del mundo, no sufre demasiado de sus carencias, ni suscita intento alguno de remediarla. No es que Bush se crea muy listo, es que eso le da igual, porque él y su equipo están convencidos de que los demás, empezando por el pueblo de los USA, son todavía más tontos que ellos, lo que permite a la nueva administración manejar el mundo entero por cuenta de la plutocracia del Este. Como a otros de su especie, el globo les puede reventar en las manos cuando menos lo esperen.

Los grandes leaders carismáticos de la democracia americana, capaces de modificar las inercias y las dependencias institucionales, los efectos perversos o inhibitorios del logrolling parlamentario, el reduccionismo administrativo o el stare decisis judicial al impulso de la democracia directa, han pasado a la historia. Los autómatas prefabricados y programados de las cadenas de montaje administrativo han tomado su lugar. La mediocridad, la corta visión y el realismo oportunista a corto plazo del aparato político-administrativo, se inordinan con el poder y los intereses de las grandes empresas nacionales o multinacionales y el nacionalismo primario y creciente de las masas populares.

Si "los Usa defienden en todo el mundo la libertad, la democracia, la justicia y la causa del Bien contra el Mal", si su enemigo "is Terror, los que no están con nosotros están con los terroristas", si invadir y dominar por la guerra y el terror los pueblos y los Estados, si el bombardeo de la población civil, es luchar contra el terrorismo y contra el Eje del Mal, como proclama urbi et orbi su primer ejecutivo, si, además, el país más fuerte e incluso el más grande de todos, que ha acumulado y utilizado el mayor arsenal de destrucción masiva de la historia, se atribuye y monopoliza también la capacidad de juicio ejecutivo supremo a escala planetaria, como parecen descontar sus ciudadanos, sobra toda consideración suplementaria, y no cabe duda sobre la línea a seguir, o a perseguir. "Il suffit de leur rentrer dedans". "Algunos creen que en el mundo mandan ellos, pero se

equivocan, en el mundo mandamos nosotros”. Los derechos humanos, de autodeterminación y legítima defensa son monopolio de la nación imperial y sus satélites.

Extendidas ya las alas del "arcángel Gabriel sobre la Casa Blanca", el recurso a la ideología de la ilusión, a costa de la constatación de la problemática de lo real, hace que se reproduzcan las imágenes del peligro cobrizo, amarillo, comunista o islamista, de Jerónimo y el imam Chamil, del Viejo de la montaña y los comandos hachichin, de Khadafi y Ben Laden, del pozo negro de Clive o los tambores de Fu-Manchu, combinados con el "terrorismo" como estadio supremo del satanismo, con el manual del supremo exorcista hegemónico como guía infalible de diagnóstico y tratamiento. Poco importa que el conflicto actual no sea exactamente el de las pieles rojas, ni el de los hermanos Dalton, ni el de Alemania, ni el del Japón, ni el del comunismo y la guerra de las estrellas, y no admita el mismo tratamiento ni las mismas soluciones. Las pretendidas o reales amenazas babilónica, lacedemónica, púnica, arábiga, turca, comunista o islamista-terrorista, suprema encarnación post-comunista del Mal, no le han faltado nunca a una gran potencia hegemónica, y sus rectores y mentores, que detentan también los más formidables medios de propaganda y guerra psicológica de su época, encontrarán siempre sin mayores dificultades las coartadas necesarias o deseables para compaginar la retórica romántica y humanista que la propaganda todavía demanda con el obligado y contundente realismo que exige la política de poder universal.

La actual estrategia de la administración hegemónica parece fundarse en el desarrollo de las fichas que los servicios oficiales de investigación e inteligencia proporcionan, y su funcionario supremo parece creer que en ellas caben, por cuanto le interesa y concierne, la historia, la sociología y la antropología de la triste humanidad cuyos destinos dirige ya con rienda firme y explosiva espuela. Es más que dudoso, sin embargo, que las claves de la actual geopolítica quepan con holgura en las cartulinas del NSC, del FBI, del CIA y del PSB, y que la rústica ignorancia en materia de geografía humana o de historia política pueda ser compensada por la capacidad y decisión administrativas para enterrar el mundo bajo las bombas. La postulada coincidencia total entre el servicio de la humanidad y los intereses de los USA en el mundo apunta más bien a un porvenir pasablemente agitado.

"La inclinación excesiva por el lado administrativo de las cosas", según el discreto eufemismo leninista, conlleva incluso consecuencias peligrosas en el caso de una respuesta estratégica precipitada. Los hechos permiten cuando menos sospechar que una administración sobre-equipada puede dejarse sorprender, engañar y manipular por un enemigo para ella invisible e imprevisible, y que sus pretendidos y costosos servicios de inteligencia no están a la altura de los medios materiales de que disponen. Las condiciones de urgencia y la inercia propia de los servicios administrativos han facilitado también su natural tendencia a equivocarse de problema o de guerra.

Lo más inquietante es que, a veces, los productores y portavoces de las versiones oficiales de propaganda y guerra psicológica parecen creerse lo que podría esperarse que dicen para que se lo crean los demás. Y, como la historia se escribe hacia atrás por quien detenta el poder político presente, no tardarán en descubrirse los antecedentes multiseculares de las actuales alianzas y oposiciones. El efecto dilatador del condicionamiento psicológico de

masas sobre las populares tragaderas permite esperar que no tardaremos en conocer el apoyo constante español y francés en la guerra americana contra las potencias del Eje, el incendio de Gernika por los nacionalistas vascos que ya denunciaba el general Franco, democrático fundador del actual régimen y precoz líder antiterrorista, injustamente vilipendiado y finalmente rehabilitado. No tardaremos en descubrir la colaboración española en la guerra de liberación de Cuba y Filipinas contra el colonialismo euskaldun, y la actitud progresista de la judicatura española contra la reaccionaria actitud de Arana-Goiri condenando la política exterior de Roosevelt y la lucha contra el colonialismo en general. Una vez más, vivir para ver, que esto está empezando.

Cómo una institución que empezó dando Washington, Adams y Jefferson ha podido llegar a Bush, es cuestión que muestra de por sí las contingencias del devenir histórico y la precariedad del progreso político en este mundo. Cuando el general-presidente Eisenhower se paseaba por Madrid entre aclamaciones, en coche descubierto y rodeado por la guardia mora del general-dictador Franco, último superviviente del nazismo oficialmente vencido, anunciaba con este acto de cínica e indecible obscenidad la deriva que abre ahora las puertas al primer fascista matriculado ocupante de la Casa Blanca.

La crisis de confianza, la desesperación o la hostilidad que la nueva realidad del monopolio hegemónico suscita y difunde son el resultado, tal vez deliberadamente integrado y asumido por éste, de la desilusión y la frustración a escala mundial de ilusos o desamparados de todas las especies. Desde hace más de un siglo, una parte considerable de la humanidad hambrienta de pan o de libertad ha tratado de incorporarse a la tierra prometida o esperado a que llegaran los americanos a sacarles de su triste condición. Hoy solo parecen esperar la cortina de bombas que preceda o condicione la ayuda a la reconstrucción.

La guerra de 1914 llevó a los USA a la búsqueda de un nuevo orden internacional y, finalmente, al *dégagement* aislacionista. La guerra de 1939 al duopolio del terror nuclear y las UN. El fin de la guerra fría ha arrastrado el paso directo y sin vacilaciones a la supremacía no compartida y la hegemonía universal.

El largo período de equilibrio del terror con la URSS ha proporcionado el terreno, la condición, el modelo, el impulso, el campo de pruebas y el pretexto para la implantación progresiva de la nueva potencia hegemónica. Pudo pensarse que el derrumbamiento de la base estratégica comunista, liberaba el destino de los USA de su lastre ideológico-político. La desaparición del contrapeso, la concurrencia, la iniciativa y el desafío soviético despejaba las inhibiciones y liberaba la prepotencia de su rival. Todavía quedaban optimistas que, después del derrumbe del World Trade Center y a consecuencia de él, esperaban o deseaban la revisión de las concepciones o la estrategia geopolítica de la gran federación. La primera gran potencia liberal, revolucionaria, democrática y anticolonial de la historia volvería así a la tradición y la mitología de sus orígenes, que han suscitado, alentado o defraudado tantas expectativas de libertad. Pero el proceso real se daba en sentido contrario. Lo que ha venido, una vez más, a demostrarse, es el carácter perverso y corruptor, las terribles consecuencias del poder absoluto. Todos los avances, formales o reales, del derecho internacional en los últimos cincuenta años aparecen,

retrospectivamente, como la consecuencia de la oposición entre las dos potencias, que confería al tercer mundo un papel tan excepcional como provisional. Han bastado diez años de monopolio estratégico para arruinarlos.

El siglo XX, sumidero de ilusiones y utopías, ha visto resuelta, por eliminación sucesiva de aspirantes y pretendientes, la gran lucha por la supremacía. El período de contradicción y duopolio del terror, con la balanza de poder de los grandes estados, se ha resuelto, no en la distensión y el poder compartido sino en el monopolio y la hegemonía.

La Sociedad de Naciones y la Organización de Naciones Unidas fueron el resultado de dos catastróficas guerras mundiales y del aterrado deseo de evitar una tercera. El mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, la prohibición de la guerra, el derecho de autodeterminación de todos los pueblos eran "propósitos" fundacionales de las UN, como lo fueron de la SN.

La confrontación exasperada de las grandes potencias, el abandono pacifista-isolacionista de los USA, la memoria o la ausencia de memoria de los horrores de 1914-18, la permanencia y el relance del imperialismo por sus outsiders en Abisinia y Manchuria, pusieron en evidencia el carácter ilusorio del "derecho internacional", la incapacidad y desamparo de su organización, incapaz de afrontar las grandes o medianas potencias. Hace mucho tiempo que los estados que los habían formalmente aceptado sabían a que atenerse con respecto a la ley positiva internacional, versión soft o versión hard. Como la SN, la UNO carecía, formal y realmente, de toda capacidad para afrontar una grande o mediana potencia, pero no para secundar hipócritamente el espantoso y cruel genocidio por la guerra y el hambre de Biafra. Treinta años para definir la agresión, infinitas vacilaciones, carencias, inconsecuencias en la aplicación del derecho de autodeterminación de todos los pueblos, traducían sus contradicciones y sus limitaciones, determinantes de su vergonzoso y patético fracaso final. La creación de un tribunal penal internacional para crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad ha llevado más de medio siglo y las condiciones que lo hicieron creíble, deseable, sino posible, han desaparecido. Las cosas que no se hacen a su tiempo no se hacen nunca. La capacidad para detener, juzgar o condenar a los políticos o militares serbios, irakís o afganos por cuenta de la potencia hegemónica y sus protegidos es una cosa, la capacidad para detener, juzgar o condenar a los dirigentes o ejecutantes de la política norteamericana y sus compinches es otra. La justicia penal internacional es una dependencia del poder judicial de los USA. Sus tribunales pueden alcanzar a un presidente serbio, pero qué juez reclama, ni menos condena, a Bush o a cualquiera de sus protegidos, por grandes que sean sus "méritos" para ello? En la nueva ley internacional, todavía "King can do not wrong", bien entendido que reina quien detenta el monopolio del terror y de las armas de destrucción masiva.

Las NU, ambiguamente equilibradas por el duopolio nuclear y la decolonización del tercer mundo, se desvanecen ahora por ineffectividad e inconsecuencia ante el avance solitario de "la" gran potencia, que ya no las necesita para nada. No se trata de error de apreciación o de cálculo. Se trata de una decisión capital deliberada y cínica de asumir la dirección y la dominación del mundo. Las guerras de Manchuria y Abisinia acabaron el crédito y la

ruina la SN. La guerra de Irak ha hecho lo mismo con las UN. La potencia hegemónica ha decidido que, en la ausencia de potencia concurrente, no tiene interés para ella arrostrar los inconvenientes de un derecho parcialmente pactado, compartido o equilibrado, o remitirse a instancias políticas que no se reduzcan a su exclusiva discreción. Ha optado, en consecuencia, por el monopolio político. El nuevo "derecho internacional monista" deviene, superando ilustres precedentes teóricos y prácticos, una simple parcela del derecho de los USA, que han decidido ya organizar el mundo por su cuenta. Su administración dicta la ley internacional, califica la violencia y el terrorismo, juzga del bien y del mal, es representante supremo de Dios sobre la tierra, con un poder "delegado" y unos medios de gestión y dominación de que ningún profeta o iglesia ha dispuesto jamás.

El fin de la "amenaza comunista" y el duopolio del terror no ha traído el retroceso del imperialismo, el desarme, el fin de las armas de destrucción de masas, el abandono del apoyo "necesario, obligado y justificado" a los totalitarismos "secundarios", sino la pousée del imperialismo monopolista, la carrera armamentista en solitario y sin freno de la potencia vencedora, y el refrendo añadido al fascismo y el imperialismo de sus compinches internacionales. El monopolio estratégico mundial, acoplado con el control económico globalizado y la dominación ideológica de los medios de comunicación y propaganda de masas implica con ello el relevo y acta de liquidación de hecho de la Carta de las UN, de la ley y el orden internacionales cuando menos proclamados e institucionalizados bajo su amparo.

El nuevo "orbis regulator" legisla, interpreta, ejecuta, juzga, condena y ejecuta por sí mismo. El principio de eficacia es su norma fundamental de legitimidad. Su capacidad militar y política es virtualmente ilimitada, su responsabilidad es nula, ninguna institución humana puede oponerse a su ejercicio discrecional.

La humillante dependencia en materia de decisiones, intervenciones, represalias y guerras es ya insoportable a la potencia hegemónica, que ha optado por hacer ya cuanto quiere donde, cuando y como quiere. Las UN, la NATO y sus componentes deben cuanto antes comprender que callarse y cooperar es lo único que le está permitido por el nuevo derecho internacional hegemónico. Cuanto antes entiendan quién manda aquí mejor será para todos. Después de todo, si lo que es bueno para la GM es bueno para los USA, lo que es bueno para los USA es bueno para el mundo.

Sólo el ejercicio de la violencia actual permite el desarrollo de la violencia virtual, sin la cual no hay orden político posible. La guerra absoluta y total en Afganistan e Irak ha tenido rápidamente por resultado el establecimiento de una zona hegemónica de dominación virtual en que viejos aliados y recalcitrantes adversarios rinden vasallaje interesado o forzoso a los hijos predilectos de Marte, presuntos amos del mundo. En Somalia, Sudán, Libia, Siria, Irán, gobiernos otrora desafiantes ponen las barbas y el pellejo a remojar, y tratan apresuradamente de ponerse a cubierto. Los grandes outsiders estratégicos como Rusia y China contemplan aterrados e impotentes la marcha de las cosas. En efecto, el "gap" de los medios bélicos entre las naciones se ensancha sin cesar, y la supuesta suprema garantía atómica no oculta ni compensa el avance vertiginoso de la

diferencial hegemónica en armas convencionales, sostenido por recursos productivos y financieros que muestran capacidad, voluntad y determinación acordes con los objetivos política y militarmente perseguidos.

Hacer del mundo un protectorado o una zona de ocupación americana es la pretensión, pero también la única salida que se presenta a la nueva superpotencia. La jaula o la jungla para todos. Poder o no poder, that is the question.

La potencia hegemónica y los estados vasallos no reconocen sujeto ni ley internacional que limite o camufle sus propias normas, acciones o decisiones. El nuevo "orden internacional", cuidadosamente preparado, se encuentra ya efectivamente implantado como fundamento de la constitución política del mundo contemporáneo.

Las relaciones políticas internacionales, como las demás, se rigen por una combinación variable, transitoria y recurrente de violencia actual o virtual, de guerra o de paz armada, de confrontación total o parcial, directa o indirecta, inmediata o diferida, rígida o flexible, autoritaria o transaccional. "En tiempo de paz, los estados intercambian notas diplomáticas, en tiempo de guerra balas de cañón", pero la política continúa, "por medios diferentes".

Todos los Estados se habían reservado el derecho de calificar y realizar su propia legítima autodefensa. Las potencias nucleares incluían el derecho de utilización discrecional e unilateral del arma suprema, y el derecho de impedir su uso a los demás. La "ideología de las cuatro D", vinculando los derechos humanos, la decolonización, el desarrollo y el desarme, es ahora tan anacrónica como el equilibrio estratégico que la condicionó. Los textos fundamentales referentes al derecho de libre disposición de los pueblos, la integridad y la independencia de los estados, la agresión, la legítima defensa, la guerra de liberación nacional como guerra internacional, los crímenes contra las leyes de la guerra, contra la paz y contra la humanidad, los acuerdos de desarme, son ahora poco menos que papel mojado, aunque el doble lenguaje ideológico trate todavía de ocultarlo. Un siglo de esfuerzos y tentativas arruinado es el resultado inmediato del final feliz de la guerra fría.

La legítima autodefensa, antes "subsidiaria, provisional, proporcionada y controlada", se identifica ahora con la política y la guerra discrecional y multiubicua de la potencia hegemónica y sus servidores, únicos habilitados para la calificación de las actividades políticas propias y ajenas. La limitación de los armamentos y del derecho a la guerra es, en realidad, su monopolio por la potencia hegemónica y sus compinches. Las normas de limitación o supresión de armamentos atómicos o convencionales se han convertido en la nueva ley internacional según la cual la grand potencia puede y debe armarse sin limitación para preservar la paz mundial, que se identifica con su dominación universal. Si otras hacen lo mismo, constituyen por su parte un peligro y una amenaza para la paz y comunidad internacionales. El criterio diferencial es la calificación en buenos y malos, amigos y enemigos, competencia exclusiva de la potencia hegemónica. Todo agente político que muestre la escandalosa pretensión de dotarse de armas nucleares, convencionales o simples cortapapeles sin autorización de aquella, debe atenerse a las consecuencias. Aumentar y maximizar los propios armamentos y reducir o anular los de

los demás es principio de conducta viejo como el mundo. Lo único nuevo es la dosis de cinismo e hipocresía con que se adereza ahora la mixtura ideológica.

Si el Covenant de San Francisco incluía a los vencedores reales o ficticios de la segunda guerra mundial, con exclusión de “los Estados enemigos”, los vencidos del Eje y sus amigos, el reciente Pacto incluye a cuantos estados adhieren a la guerra que ha emprendido la potencia hegemónica. Estamos ya prevenidos, cuando menos, de que se trata ahora de una guerra que no es una guerra convencional, sino una guerra de un nuevo tipo, una guerra sin convenios ni normas ni instituciones civiles o internacionales, una guerra cuyos prisioneros de guerra no son prisioneros de guerra, una guerra cuya definición no podemos sino esperar, con paciencia y reverencia, de la fuente ideológico-política de todas las definiciones.

Las instituciones de las UN combinaban idealismo y realismo, hegemonía de las grandes potencias y preservación cuando menos formulada de la libertad e igualdad de la pequeñas naciones. Si la Carta de las UN se fundaba, cuando menos formalmente, en los principios de paz, democracia y libre disposición de "Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas", el recurso universal a la violencia como única realidad y último recurso se generaliza en cambio de inmediato. La nueva "Internacional" concurre a la tarea de consolidación de todo régimen político imperialista, colonialista, fascista, totalitario y terrorista "signatario" del pacto. La nueva oligarquía universal ha excluido ya de la comunidad internacional a todos los demás.

El nuevo orden político es de hecho ampliamente incompatible con las exigencias productivas y mercantiles que se atribuyen a la liberalización y la globalización en curso, con el liberalismo oficial de la iniciativa, la innovación, la productividad, la concurrencia, la comunicación, la libertad intelectual, crítica o informativa constitutivas del paradigma o el modelo con que se pretende asociado. La "combinación" del totalitarismo político e ideológico con el "liberalismo económico" tiene precedentes tan dudosos, limitados y poco concluyentes como difícilmente transmisibles a una economía y una cultura “del mundo como un solo país”. La repercusión de la nueva política parece hacerse, por ahora o sobre todo, a costa y a sentido únicos, pero el proceso de externalización-internalización política, económica y cultural tendrá consecuencias difíciles de sobrestimar sobre la potencia suprema y sus vasallos. El subdesarrollo económico, el proteccionismo, el dirigismo, los monopolios, la discriminación tributaria implican totalitarismo político, pero el totalitarismo político no tarda en desarrollar el síndrome del subdesarrollo económico en todos sus exponentes. Las empresas americanas financieras o industriales “privadas” han seguido o se han adelantado a incorporarse – concurrencia obliga – al nuevo marco moral y político en que deben funcionar. Los “escándalos” Enrod etc. no son coincidencias, accidentes o infracciones. Son parte normal de un sistema social, de un orden y de un desorden que gobiernos y consejos de administración comparten y comprenden perfectamente. Si no hay normas que a todos obliguen, las empresas como los estados trata de imponer su ley particular.

La realidad social es conflictiva por naturaleza. “La guerra es el padre y la madre de todas las cosas”. En el “reino” animal no-antropomórfico, el conflicto se reduce en condiciones

y por procedimientos que no se dan y no se aplican en la raza humana. El aislamiento y la guerra son lo propio del “estado de naturaleza”, parcialmente superados en el orden social, político y moral. Leviatán o democracia, el doble fracaso de Hobbes y Rousseau es la expresión teórica de la involución entropista que es la vuelta al estado de naturaleza, la ruina del derecho y de la moral.

Una pretendida “norma” que no rige el comportamiento sino que se adapta a él no es una norma de conducta, sino un accesorio ideológico del comportamiento. Evacuada toda alteridad normativa, sólo quedan el equívoco, el fraude y la superchería ideológicas para ocultar y confortar por la ficción “moral” el principio universal y el orden real de violencia, para cultivar tal vez las propias ilusiones de las fuerzas dominantes y, en todo caso, para engañar a las más subdesarrolladas, incautas o desamparadas de entre sus víctimas. Involución, regresión bestial o proceso de demistificación, liberación y desintoxicación ideológica, asistimos aparentemente, del fascismo y el totalitarismo oficialmente instaurados y “derrotados” al nuevo orden hegemónico mundial, a la fase última, lamentable, envilecida y degradada, de la larga pero transitoria incursión de la transcendencia moral en la historia de las formaciones sociales.

Sin recurso, instancia, referencia o reglamentación real o aparentemente supra-estatales, de las que nadie espera ya apoyo y cuya coacción nadie teme tampoco, la anarquía de la violencia recupera su preminencia natural. Si Dios no existe, todo es lícito. Sin normas de derecho ni de moral que en alguna medida obligan a todos, en el *chacun pour soi* o el *sauve qui peut* institucionalizados, sólo la evaluación individual y caso por caso de la relación de de las fuerzas en conflicto decide ahora de la paz y de la guerra unilateralmente sostenidas o emprendidas. El nuevo "orden internacional" ha creado las condiciones para que la violencia pura y a ultranza del estado de naturaleza aparezca como la única salida digna de consideración para toda potencia que se estime en condiciones favorables para ejercerla. Milenios de civilización nos han llevado o devuelto, de la mano de la plutocracia americana, a la primitiva y recurrente conclusión de que la única forma de solucionar los conflictos consiste en pegar fuerte y cuanto antes por su propia cuenta, y que dilaciones, transacciones y mediaciones solo llevan a perder el tiempo y a hacer el juego del adversario.

El tiempo de la globalización y el mundialismo es, en realidad, el tiempo del nacionalismo y el totalitarismo restablecidos y desplegados sin complejos ni restricciones. El nacionalismo imperialista y la negación del derecho de autodeterminación de los pueblos, del derecho de independencia frente al imperialismo, tiene por contrapartida la inseguridad y el miedo a lo peor, base social de la ola de nacionalismo y reacción que avanza sobre el globalizado mundo, y cuya profundidad y naturaleza los partidos tradicionales se esfuerzan por camuflar y caricaturizar. El miedo a un nuevo imperialismo, a la pérdida de la seguridad, la independencia y la identidad nacionales es la base social de la nueva ola de nacionalismo y reacción que invade el mundo, fácilmente recuperada y reforzada por los partidos tradicionales, con el camuflaje y la coartada de los nuevos. El nacionalismo de las grandes y menos grandes potencias impulsa la marea general

ascendente y totalitaria del fascismo real, y es el fundamento del nuevo orden político mundial que se implanta y refuerza día a día.

El comunismo, encarnación, hasta hace poco, del mal absoluto en el mundo, tenía referencias circunscritas limitativas de su extensión como enemigo universal. Ahora, toda actividad distinta de la propia es “evil”, fascismo, terrorismo y violencia. Es bueno, justo, derecho, libertad y democracia todo lo que el poder universal realiza. El truísmo al servicio del fascismo, fue deliberada y ampliamente utilizado por la propaganda nacional-socialista alemana. “El bien es lo que conviene a Alemania”. Lo que tiene hoy aventajados discípulos en la nueva hegemonía occidental.

Sería defecto de información o error de apreciación la infravaloración política del pretendido y reciente "pacto antiterrorista" internacional. De cuestión derivada y limitada, el “terrorismo” aparece convertido de un golpe en el eje declarado, la causa y el fin, el pretexto y la referencia de todo el “orden político” mundial, en el “objetivo prioritario” del gobierno hegemónico y sus cómplices. (La idea misma de tal “prioridad” es, de por sí, un absurdo “teórico”). Sobre la idea de "terrorismo" se funda el nuevo criterio maestro de la calificación-descalificación universal de las fuerzas políticas y de la nueva estrategia mundial de las potencias oligárquicas.

Las resoluciones y convenciones internacionales de la era que termina adoptaban un concepto de "terrorismo" determinado y modificado estrictamente en relación constitutiva con los derechos humanos y las luchas de liberación nacional, con referencia a los cuales cobra la legítima defensa todo su sentido.

Ahora “se sabe”, retrospectivamente, que las poblaciones de Coventry, London, New York *no* fueron víctimas del terrorismo Durango, Gernika, Dresde, Berlin, Hiroshima, Nagasaki, ni se dieron bombardeos terroristas en Vietnam, Irak y Afganistan. Cuando la ideología dominante lleva a sus partidarios y pacientes a tales expedientes cabe medir su capacidad, o tener dudas sobre su viabilidad a largo plazo.

La nueva "ley internacional", arruinando los anteriores y "subversivos" principios de las UN al respecto, recupera fraudulosa y equívocamente los términos y conceptos de terrorismo y violencia, no con una acepción respectiva, sino con una amalgama de acepciones diferentes, ideológicamente integradas, que se combinan, suceden o simultanean según las exigencias de la propaganda, la guerra psicológica y la práctica política. para excluir las propias actividades e incluir las de los demás. La responsabilidad se establece con ayuda de los criterios super-extensivos de autoría, de responsabilidad social y de resultado, que alcanzaron su más notable elaboración teórica y práctica a partir del sistema jurídico totalitario de la anteguerra. Lo que ilustra, de por sí, el contenido real del new deal político.

El término terrorismo significa ahora lo que, en cada caso, el poder hegemónico decide que signifiquen. La incapacidad para obtener una definición unívoca ideológicamente presentable para conceptos realmente diversos, patente tras los significativos, pregonados, patéticos y fallidos esfuerzos de la UNO y la UE en tal sentido, se remedia con la

confección, publicación y puesta al día de un simple catálogo, siempre unilateralmente revisable, de actividades y organizaciones "terroristas", escapando así a los inconvenientes teóricos y técnicos de la guerra sucia ideológica. Una "calificación" analógica, puntual, elástica y discrecional, según el modelo totalitario moderno ofrece, además, el grado de arbitrariedad normativa más adecuado para la política de manos libres de los nuevos constituyentes del orden mundial.

Si el fin de "toda violencia" contra el orden o el desorden establecidos por la potencia hegemónica y sus aliados es el valor supremo, la liquidación de los pueblos y demás entes sociales, el genocidio o la persecución religiosa son desarrollo lógico y necesario de una estrategia política consecuente. Gracias al nuevo orden internacional, toda resistencia política, toda reserva crítica, todo derecho fundamental y todo grupo social, nacional, religioso, puede ser discrecionalmente incluido por referencia, analogía, extensión o amalgama, en el nuevo "tipo" delictivo, en cuanto autor, fundamento, instrumento, complemento o suplemento. El imperialismo español, colonizador de dimensiones multicontinentales afirma ahora que "la inmigración es el terrorismo del siglo XXI". El "terrorismo" es ya, en realidad, "el" delito supremo, absoluto, tentacular, del orden político del siglo XXI. A él se reduce, en último término, toda eventual oposición. Toda represión política es ahora, represión del terrorismo. Como en las mejores épocas del despotismo oriental a la española, no se puede ya ni hablar ni estar callado sin incurrir en el nuevo tipo criminal. Porqué privarse de un hallazgo jurídico-ideológico parecido. Al menos mientras dure o no se desgaste demasiado, o no se encuentre algo mejor.

Pero el nuevo terrorismo así establecido y restaurado se extiende ya, sin límites, a toda la realidad internacional. Toda resistencia y toda reserva crítica a uno de los estados "signatarios" del pacto afronta también, en justa y solidaria correspondencia, la vindicta y la excomunión de los nuevos amos del mundo y del conjunto de los estados vasallos. Todo régimen político adherente al pacto de "defensa legítima colectiva" tiene apoyo y carta blanca para la represión sin restricciones de toda oposición ideológica y política y de toda realidad social que de algún modo la sustente. La resistencia democrática al fascismo y al imperialismo es el blanco principal del nuevo sistema internacional de represión política. A fin de "combatir la violencia y el terrorismo", han saltado todas las barreras reales o ficticias que trataban de poner freno a la violencia, el terrorismo y la guerra.

El nuevo terrorismo, implantado, fomentado, fabricado por la potencia hegemónica y sus cómplices, es el terrorismo universal, fundamental, supremo, primer recurso y única ratio de la nueva política mundial.

El nacionalismo europeo, el absentismo americano, el desequilibrio de los viejos y los nuevos imperialismos, llevaron a la ruina la Sociedad de naciones. Causas semejantes producen similares efectos. Cincuenta años de traiciones, impotencia y claudicaciones ante el imperialismo han arruinado las UN, con todos los avances, las ilusiones que suscitaron o defraudaron hasta que la nueva potencia hegemónica decidió pasarse abiertamente de tan obsoleta antigualla.

La realidad y el fundamento de las relaciones internacionales políticas y jurídicas, la violencia y la ley del más fuerte, se manifiestan ahora con una crudeza y un cinismo ejemplares al servicio del fascismo y del imperialismo. “La pulsión humana que lleva a los hombres a subirse los unos sobre los otros, a dominarse y destruirse unos a otros” ha vuelto a dejar en ridículo a humanistas, utopistas, visionarios y revolucionarios. El crimen, la guerra, la ocupación, el genocidio, el terrorismo y el terror de estado, la tortura, la represión de todas las libertades, que respalda el reconocimiento cruzado, comprensivo e interesado de sus protagonistas, son actividades banales y honorables, que la desvergüenza imperialista, colonialista y fascista se esfuerza sin embargo por negar ante sus víctimas, indefensas, embrutecidas, resignadas, complacientes o cómplices. Incluso majaderías y engaños ideológicos tradicionales como “la no-violencia, el derecho a la vida como valor supremo y sagrado, el diálogo y la persuasión como medio para resolver los problemas políticos” se reservan a las clases sociales más débiles, cuya capacidad crítica y espíritu de resistencia desapareció hace mucho tiempo, por efecto de la represión terrorista y el condicionamiento psicológico de masas.

Los “derechos humanos”, los principios “humanitarios”, las escuálidas “leyes de la guerra” se respetan sólo, cuando y en la medida en que son inocuos o beneficiosos para el bando “obligado”. Resisten mal a las exigencias y consecuencias propias de la guerra o la colonización, sobre todo si implican la pérdida de la guerra o las colonias, o si el coste alternativo excede de lo previsto o soportable. Las declaraciones, convenciones, resoluciones y otras normas internacionales de derechos se conciertan, reconocen, firman y promulgan por todos los participantes con tanta más facilidad y profusión por cuanto no tienen la menor intención de aplicarlas y hacen mangas y capirotas con las cartas, resoluciones y convenciones. Sirven así a la política, la propaganda y la guerra psicológica entre los imperialismos, que se acusan mutuamente o se conciertan para ocultar y preservar sus crímenes y terrenos de caza. La denuncia selectiva de la represión, el terrorismo y la tortura cuando y donde conviene a la “grandes” potencias y sus cómplices, el silencio o la negación de prácticas actuales y multiseculares en otros lugares, muestran la subordinación total de la información a la propaganda fascista y la guerra psicológica.

El “nuevo orden mundial” es el monopolio de las armas convencionales o de destrucción masiva, la banalización de la agresión internacional y la represión gran-terrorista, el gangsterismo planetario al mando de la potencia hegemónica, la exasperación del nacionalismo y el odio entre los pueblos, la destrucción del derecho de autodeterminación por el imperialismo, necesariamente unida al avance del fascismo y el militarismo, el sabotaje de todo progreso, por defectivo que fuera, de un derecho y una moral internacionales.

El derecho “internacional” de las grandes naciones es el derecho imperialista. La lucha de los pueblos por la libertad es la mayor fuerza revolucionaria de la historia.

El derecho de autodeterminación de todos los pueblos, derecho precario y defectivo, se establece según ciclos históricos de progresión y regresión. Cada ola de liberación de los pueblos lleva consigo la correspondiente resaca, provocando, por un lado, el desarrollo de

un imperialismo adaptado, mutante y resistente a la peste de la libertad de los pueblos. Por otro, implica el "paradójico" debilitamiento del movimiento de liberación a consecuencia de sus propios logros, con el traslado consiguiente e inmediato de los nuevos estados "independientes" al concurrido campo del imperialismo y el totalitarismo. La condición y el resultado básicos son la negación, sumisión o integración mancomunada de los núcleos más débiles.

Estos, que para debilidad bastante tienen con la suya, buscan la protección de los más fuertes y evitan como la peste la temible y denigrante compañía de los más débiles. Apenas liberados, e incluso antes, no sienten necesidad más acuciante que la homologación con las potencias imperialistas y la profiláctica distanciación de los piojosos pueblos restantes, que tienen la inaudita pretensión de ser tan libres e iguales como ellos y titulares del mismo derecho de autodeterminación. La solidaridad de los colonizados y los oprimidos es un cuento romántico para engañar a los eternos ilusos. Un principio tal vez asumido por el pueblo vasco, que se ha ganado de éste modo una reputación mundial de ingenuidad o incapacidad digna del más general desprecio internacional. Los pueblos, libres o subyugados, se ocupan de sí mismos y de sus propios intereses, poco les importa que sea a costa de los demás.

El derecho de autodeterminación de los pueblos, derecho de independencia contra el imperialismo, preside y subordina la problemática toda de la violencia, de la paz y de la política en general. Sin el derecho de autodeterminación de los pueblos, "primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás", la paz mundial, los derechos humanos y la democracia sólo son palabras en la panoplia ideológica de mistificación puesta al día por el nacionalismo, el totalitarismo y el imperialismo modernos.

El ataque al derecho de autodeterminación de los pueblos es ahora tarea central de la resaca imperialista que ha seguido a las dos grandes olas de decolonización y al fin de la guerra fría en el mundo. Las grandes potencias dominantes, con el concurso de medianas y pequeñas, han visto llegado el momento de paralizar el progreso de tan problemático derecho, buscando en la congelación o la alteración discrecional del status quo imperialista la solución a la inestabilidad y los conflictos que el propio imperialismo crea y difunde. El acuerdo de las potencias dominantes para el "reparto pacífico, superimperialista, ultra imperialista o inter-imperialista" del globo es un viejo sueño que un siglo de guerras, terrorismo y carnicerías entre los pueblos pretende otra vez hacer realidad.

La ideología correspondiente se fabrica por innumerables agentes, funcionarios y "especialistas", y se difunde sin contrapartida por los monopolios de propaganda y guerra psicológica. Trata por todos los medios de negar, recuperar, revisar, limitar, desvirtuar, confundir, trucar, falsear y, en definitiva, evacuar y destruir el concepto mismo del derecho de autodeterminación. Su expresión teórica, de suyo simple e inequívoca, viene a sustituirse por la más inextricable maleza, por obra de los servicios oficiales de polución ideológica. Los propios textos legales de las UN sufren las revisiones, las interpretaciones, los mejoramientos y los vertidos de basura necesarios para arruinar medio siglo de reiteradas e inequívocas resoluciones y decisiones. El "derecho de

autodeterminación de todos los pueblos” se hace así conciliable, inocuo, recuperable y asimilable para los estados y naciones que lo conculcan, inutilizable para los movimientos de liberación nacional. La incapacidad ideológica en que se mantiene a los pueblos todavía presa del imperialismo favorece las más burdas supercherías al efecto. Las consecuencias políticas son difíciles de exagerar: no cabe procesamiento estratégico de un derecho cuya naturaleza se desconoce, oculta o falsea.

La opresión nacional, la negación del derecho de libre disposición de los pueblos es el punto más débil del orden totalitario internacional. Con el abandono del derecho de autodeterminación de todos los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás, los derechos humanos en general se han convertido en materia de chacota, recuperación y propaganda fascistas. Sus garantías tradicionales saltan en todas partes ante el embate totalitario. La larga lucha por los derechos humanos ha dado un salto atrás de cuya naturaleza, alcance y consecuencias sus propias víctimas no quieren o no pueden darse cuenta.

La congelación de la historia política de los pueblos oprimidos es el sueño eterno de las potencias dominantes a costa de la libertad de los pueblos, siempre defraudado mientras el sol caliente y la tierra de vueltas.

Imponen ahora a ultranza el status quo para congelar los imperios y anular el derecho de autodeterminación de todos los pueblos, pero los resultados reales de la política internacional recuerdan el carácter funcional, provisional, variable y flexible de los principios y los descoloridos clichés de la geografía política oficiales.

Salvo a efectos de manipulación ideológica, de nada sirve invocar todavía los derechos de libre disposición y legítima defensa de los pueblos y los estados frente a la agresión, si la ley "internacional" se interpreta, se califica y se pone en práctica por la simple unilateral decisión y según el simple interés de la potencia hegemónica, si puede ésta subyugar a su discreción cualquier parte del globo sin que ninguna resistencia real o formal pueda siquiera insinuarse para impedirlo.

La gran potencia ha manifestado ya repetidamente su decisión de enterrar el derecho de libertad de los pueblos, en provecho de la consolidación del status quo, modulable a su conveniencia, que se supone sometido a excepción cada vez que no convenga a los intereses de la potencia hegemónica o la realidad política lo quebrante. En Yugoslavia, Palestina, Kurdistan, etc, los criterios diferenciales de la potencia hegemónica muestran el cinismo descarnado con que el nuevo imperialismo pretende organizar el mundo a su imagen y semejanza.

“El derecho de autodeterminación de los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás” según la ley internacional es, lógicamente, el primero también en pasar por la guillotina de la nueva convención internacional. La condición histórica de su desarrollo, la irrupción del Tercer mundo y la presión soviética en el cuadro de la guerra fría ha dejado de darse, y la reacción imperialista no se ha hecho esperar. Cada ola de liberación de los pueblos lleva consigo la correspondiente resaca,

provocando, de un lado, el desarrollo de un imperialismo adaptado, mutante y resistente a la peste de la libertad de los pueblos. De otro, el "paradójico" debilitamiento del movimiento de liberación a consecuencia de sus propios logros, con el traslado consiguiente e inmediato de los nuevos estados "independientes" al concurrido campo del imperialismo y el totalitarismo.

La contención del movimiento general de liberación nacional, que motiva e integra la estrategia ideológica y política de las fuerzas nacionalistas, imperialistas, reaccionarias y totalitarias es, por ello, línea maestra de la política general que rige los destinos del mundo, es la condición que determina su estrategia concreta y coordinada, la moneda de cambio en curso entre buitres de la nueva estructura global. Los esfuerzos de las Conferencias y las Comisiones de la CIE para dar apariencia "jurídica" a la falsificación ideológica y la liquidación práctica del derecho de autodeterminación de los pueblos, las recientes expresas descalificaciones por el gobierno americano de la personalidad nacional y del consiguiente derecho de autodeterminación de los pueblos, son pruebas de un objetivo institucional y constantemente perseguido. Poco importan los derechos de los pueblos, si el ensañamiento sin riesgo contra ellos asegura el concurso de eficaces clientelas despóticas.

El apoyo al imperialismo y el fascismo contra el derecho de AD de los pueblos es la primera moneda de cambio del orden hegemónico. La colaboración rusa se compra con el abandono de Chechenia, la colaboración española con la condenación del pueblo vasco que, curiosamente, ha jugado un papel internacional objetivamente considerable en Yugoslavia y en Irak, donde ha determinado, negativamente, el principio y la actitud del imperialismo español y europeo.

La potencia hegemónica ha comprendido pronto que no podía contar con la complicidad de regímenes imperialistas y fascistas sin reconocer sus "derechos históricos" sobre los cotos de caza tradicionales. El resultado es la consolidación de reservas coloniales donde los derechos humanos no tienen carta de ciudadanía ni permiso turístico, la renovación o estabilización de "protectorados, áreas de coprosperidad, espacios vitales, zonas de seguridad," y demás viejos conocidos de la expansión imperialista.

Los resultados no se han hecho esperar. De hecho, sin dilación ni vacilación, todos los estados adherentes han entendido el pacto como la patente, la autorización y el refrendo internacionales de la violencia y del terror discrecionales, de las manos libres para la represión ilimitada y la negación de todos los derechos humanos fundamentales. Lo que explica su jubilaria acogida por parte de la reacción fascista e imperialista tradicional. La inseguridad y el miedo a lo peor son la base social de la ola de nacionalismo y reacción que avanza sobre el globalizado mundo, y cuya profundidad y naturaleza los partidos tradicionales se esfuerzan por camuflar y caricaturizar.

El recalentamiento democrático de la postguerra en el mundo ha sido ya dominado y contrarrestado por la reacción conservadora imperialista y fascista, con el refriamiento general de la democracia y la congelación del derecho y el proceso de libre disposición de los pueblos, los consiguientes recorte y drástico retroceso de los derechos humanos en

general que él precede y condiciona, la aparición, difusión y perpetuación de nuevos conflictos, como brillante e inevitable implicación de la paz, la estabilidad y la seguridad así garantizadas. La nueva hegemonía se ha saldado ya efectivamente con la apología y ejercicio abiertos de los crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad, la “solución” de los conflictos internacionales por la extensión de las guerras "de nuevo tipo" en Irak, Kosovo, Afganistan, Corea. La consiguiente multiplicación de los territorios de ocupación "internacional" permanente, la vuelta y la extensión de los protectorados y mandatos “internacionales”, la inflación de los presupuestos bélicos y la militarización de la economía, la liquidación de los acuerdos de desarme, la globalización y la libre concurrencia en nuevas combinaciones con la crisis y el proteccionismo, la creciente reglamentación autoritaria de las relaciones civiles, el control-fabricación administrativo de la información y su confusión, ya oficial y abiertamente proclamada, con la propaganda, la guerra psicológica, la intoxicación y el condicionamiento de masas. Se ha saldado con la consolidación del totalitarismo y del terrorismo de estado, bajo amañada cubierta de democracia y antiterrorismo y con el securizante apoyo de los liberales gobiernos de España, Francia, Rusia, China y sus congéneres. Confortados ahora por la resuelta e incondicional protección de la superpotencia mundial contemporánea, el nacionalismo y el totalitarismo no se privan ya de mostrar cada vez más abiertamente la facha repugnante que vergonzantemente habían pretendido disimular durante algún tiempo.

Aunque la nueva potencia hegemónica no admite ya más asociados de principio que los validados por el apoyo o la sumisión incondicionales, una inclusión modulada y estudiada se implanta progresivamente, como en todos los imperios centrales, según las diversas condiciones, los mitos, las afinidades sociológicas e históricas. Del UK de Gran Bretaña e Irlanda, cómodamente instalado bajo el benévolo protectorado de sus otrora rebeldes terroristas y hoy pletóricas colonias, a los fascistas históricos, aprovechados y oportunistas de última hora, con un rosario a la carta de amigos históricos, protegidos o protectorados privilegiados, satélites, aliados seguros o inseguros, enemigos cordiales, cómplices fijos o provisionales, compañeros de ruta y tontos útiles componen la red estratégica y táctica de la paz y la guerra americanas. La tarea de consolidar y potenciar las dictaduras útiles, establecer las nuevas, liquidarlas cuando se hacen problemáticas, adaptar y preservar en el mundo entero el imperialismo y el fascismo hace de la geopolítica universal el de Sysiphe de la potencia hegemónica.

Las oposiciones, diezmadas, infiltradas, acorraladas, divididas y confundidas, ocupan el espacio marginal que el poder de hecho quiere dejarles ocupar. El retroceso o la supresión de las garantías judiciales, el abandono de los principios “adquiridos” de la sanción penal, la significativa “restauración” de la tortura y el terrorismo de masas, cínica, mutua y generalmente aceptados, exaltados, aplicados y reconocidos por los estados hegemónicos, se justifican ahora por referencia “al terrorismo”, es decir a toda oposición al terrorismo hegemónico.

No se mantiene la opresión fascista o colonial sin recurrir a los procedimientos que la misma necesariamente implica.

Se mide así la amplitud de la reacción totalitaria ante la resistencia o la hipocresía de los defensores homologados de los derechos humanos. Los derechos humanos en el ámbito internacional se reducen al reveladoramente diferenciado y desgajado “derecho humanitario”, a condición, en todo caso, de dar garantía, seguridad y satisfacción a los susceptibles y todopoderosos gobiernos que lo conculcan. Unica y equívoca manera de obtener su generosa, benevolente e interesada indulgencia. El límite entre eficacia posibilista y reconocimiento-colaboración aparece de forma inmediata, y muestra los peligros y la derivas tantas veces constatados y padecidos.

El avance del totalitarismo, de los conflictos armados o irreductibles, de las fuerzas reaccionarias clásicas o renovadas es ya constatable como fenómeno general. La nueva ideología, la nueva política dominantes parten del fin de las ilusiones y la constatación de la inviabilidad de la democracia como modo de organización capaz de ordenar y solucionar las relaciones internacionales y, en consecuencia, las nacionales. Del abandono de tan ineficaces y peligrosas ilusiones y tentativas, procede el orden totalitario mundial que por la guerra y la represión se instala insidiosa o abiertamente, pieza por pieza, ante la impotencia o la incompetencia de sus globalizados pacientes.

Cuál es la viabilidad de tal sistema, cuáles sus límites y márgenes de maniobra, son cuestiones que no admiten respuesta no ponderada. La crisis profunda y permanente en que la potencia hegemónica contemporánea se encuentra inmersa no permite desgraciadamente esperar que sus capacidades, peculiaridades y contradicciones propias puedan conducir, en definitiva, a soluciones distintas de las que han adoptado siempre las hegemonías e imperios "universales" al través de la historia. Nínive, Atenas, Roma, Austrasia o Samarcanda, señalaban ya un proceso ineluctable y fatal que, de Tucídides a Toymbee, se ha puesto reiteradamente de relieve.

En perspectiva geopolítica, de la hegemonía a la dominación total va más distancia de la que los protagonistas de los imperios "centrales" suelen creer. Si se considera la relación de fuerzas en su forma general, toda potencia hegemónica busca la destrucción o neutralización de la potencia principal y el concurso de las potencias medias, cuyas limitaciones, originarias o sobrevenidas, les impiden jugar o buscar un papel hegemónico. Viejo como el mundo, el cordón de satélites o vasallos es consecuencia lógica de la supremacía de la potencia dominante, y de la voluntad de sus clientes de recuperarla y rentabilizarla en provecho propio, al precio relativamente modesto, molesto e indigesto de algunas culebras que tragar y retrosculares homenajes que prodigar. Es también punto de arranque de las inevitables defecciones y reacciones que siguen a toda crisis de poder de la potencia central, también desde que el mundo es mundo. La clientela periférica multinacional de seguridad no funda la hegemonía o el imperio, la hegemonía y el imperio hacen posible y necesaria la clientela periférica. La condición y el resultado básicos son la negación, sumisión o integración mancomunada de los núcleos más débiles.

Todas las potencias imperialistas han invocado siempre el realismo político como método necesario para abordar la relación internacional de fuerzas. Pero sobreestiman invariablemente las propias posibilidades. El recurso a la fuerza y la dominación universal como solución de todos los problemas encuentra fatalmente los límites inherentes a su

propia naturaleza, produce las consecuencias mismas que se pretende evitar. De la hegemonía al imperio, los cañones prestan grandes servicios y resuelven muchas dificultades, pero no las resuelven todas ni para siempre, y las bombas, como las bayonetas, sirven para muchas cosas, pero no para sentarse encima. Nuevas y conflictivas fronteras se abren cuando las antiguas se rebasan, y nuevos problemas se suscitan y reproducen por los medios mismos que resolvían los precedentes. Los conflictos reaparecen siempre bajo nuevas formas, hasta que un nuevo imperio más o menos universal viene a sustituir al antiguo para reandar el mismo camino, repetir los mismos errores y asumir las mismas consecuencias.

La "adhesión indefectible" a la causa de la paz, la libertad, la justicia y la democracia, de amigos y aliados tan seguros, fiables, desinteresados y sinceros como los fascistas españoles y sus semejantes, ofrece al imperio americano las ventajas, aporta las garantías y suscita las resistencias que los objetivos, los plazos, los medios y las prioridades de la potencia hegemónica permiten, o deberían hacerlo, evaluar y calibrar. Su capacidad para convertir sus antiguos aliados en adversarios o para fabricarse otros nuevos está ampliamente verificada. La habilidad correspondiente para conservar sus amigos o para hacerse otros nuevos es harina de otra costal. Tal vez, después de todo, la cosa carece o se supone adolece de importancia a partir de una acumulación suficiente de armas de destrucción y terrorismo de masas. Se informa y construye así una determinación política e ideológica que sólo los hechos podrán debilitar o modificar, tal vez cuando sea demasiado tarde. Sólo los resultados podrán dictaminar en qué medida y por cuánto tiempo la potencia hegemónica se ha equivocado de amigos, de enemigos, de época o de planeta.

Por lo que parece, no son la libertad y la democracia el porvenir de la humanidad en un futuro previsible, ni siquiera el objeto de sus anhelos. "Lo que quiere, lo que busca, lo que tendrá es el terror". El orden terrorista y totalitario mundial es lo propio del hombre contemporáneo. Según ingenuas, anticuadas y superadas declaraciones, curiosamente en la encrucijada de la historia americana, "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no perecerá jamás sobre la Tierra". No es probable, en todo caso, que el espíritu de la libertad desaparezca totalmente de ella, pero lo va a pasar muy mal en los tiempos que vienen. "En los tiempos que vienen", los demócratas y los hombres libres tendrán que hacerse a la idea de que la libertad, la democracia y los derechos humanos son antiguallas y cuentos infantiles poco o nada compatibles con el siglo que comienza, o tendrán que tomarse muy en serio su lucha por la supervivencia.

En cualquier caso, las decisiones que seguirán siendo por largo tiempo factor determinante de la política mundial, son hoy tan previsibles como inevitables. Todo intento de prevenirlas o modificarlas teóricamente es sin duda trabajo perdido, toda argumentación en tal sentido más ilusoria que el discurso de Melos frente a la Liga de Delos. La potencia económica y políticamente dominante es también la potencia ideológicamente dominante. No se enseña a la potencia hegemónica o imperial lo que ya sabe, lo que no quiere saber, o lo que seguramente tiene ya asumido. Nada ni nadie podrá

apartarla de su inmanente destino y nada ni nadie podrá sustraernos a las inevitables consecuencias.

El nacionalismo europeo, el absentismo americano, el desequilibrio de los viejos y los nuevos imperialismos, llevaron a la ruina la Sociedad de naciones. Causas semejantes producen similares efectos. Cincuenta años de traiciones, impotencia y claudicaciones ante el imperialismo han arruinado las UN, con todos los avances, las ilusiones que suscitaron o defraudaron hasta que la nueva potencia hegemónica decidió pasarse abiertamente de tan obsoleta antigualla.

Tras los leves avances precariamente establecidos en el marco del duopolio del terror termonuclear, el “nuevo orden mundial”, resultado del fin de la guerra fría, es el monopolio de las armas convencionales o de destrucción masiva, la banalización de la agresión internacional y la represión gran-terrorista, el gangsterismo planetario al mando de la potencia hegemónica, la exasperación del nacionalismo y el odio entre los pueblos, la destrucción del derecho de autodeterminación por el imperialismo necesariamente unida al avance del fascismo y el militarismo, el sabotaje de todo progreso, por defectivo que fuera, de un derecho y una moral internacionales.

El derecho de autodeterminación de todos los pueblos, derecho precario y defectivo, se establece según ciclos históricos de progresión y regresión. Cada ola de liberación de los pueblos lleva consigo la correspondiente resaca, provocando, por un lado, el desarrollo de un imperialismo adaptado, mutante y resistente a la peste de la libertad de los pueblos. Por otro, implica el "paradójico" debilitamiento del movimiento de liberación a consecuencia de sus propios logros, con el traslado consiguiente e inmediato de los nuevos estados "independientes" al concurrido campo del imperialismo y el totalitarismo. La condición y el resultado básicos son la negación, sumisión o integración mancomunada de los núcleos más débiles.

La lucha internacional contra el imperialismo es una quimera, las naciones se ocupan de sus propios asuntos, les tiene sin cuidado la opresión de las demás. Cada pueblo que consigue la independencia debilita la lucha internacional por la libertad nacional y refuerza la solidaridad imperialista. El mundo de antes de las dos grandes mareas de liberación nacional llevó a la adopción de derecho de autodeterminación por las UN, el de después a su negación.

Con el abandono del derecho de autodeterminación de todos los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás, los derechos humanos en general se han convertido en materia de chacota, recuperación y propaganda fascistas. Sus garantías tradicionales saltan en todas partes ante el embate totalitario. La larga lucha por los derechos humanos ha dado un salto atrás de cuya naturaleza, alcance y consecuencias sus propias víctimas no quieren o no pueden darse cuenta.

El imperialismo es la especie extrema de nacionalismo, de racismo, de opresión económica, lingüística y cultural. El nacionalismo imperialista produce la guerra, se implanta o desarrolla por la violencia. Es el enemigo de la paz, de las relaciones internacionales amigables y la cooperación entre los pueblos. Es el responsable de los conflictos internacionales más

terribles, cruentos e irreductibles, porque los pueblos no se dejan dominar y destruir tan fácil y dócilmente como los agresores esperan. Las consecuencias las pagan todos, incluidos, a su manera, los pueblos predadores. “Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre”. El imperialismo corroe y destruye las virtualidades democráticas internas de la propia nación dominante. “La sujeción de los pueblos a subyugación, dominación y explotación alienígenas constituye una negación de los derechos humanos fundamentales, es contraria a la Carta de las Naciones Unidas y es un impedimento a la promoción de la paz y la cooperación en el mundo.”

Los derechos humanos fundamentales no son producto de la democracia, son su fundamento. El derecho de autodeterminación es el primero de los derechos humanos y la previa condición de todos los demás. No es ni compatible ni incompatible con la democracia, es constitutivo de ella. La democracia no lleva a establecer el derecho de autodeterminación, el derecho de autodeterminación lleva a establecer la democracia. La democracia imperialista es una contradicción en los términos. Todos los pueblos tienen el derecho inherente e inalienable de autodeterminación e independencia. El derecho de autodeterminación de los pueblos es un derecho humano fundamental, de costumbre, reconocido y a veces aplicado por la Organización de las Naciones Unidas, defectivo y precario de hecho.

Contra lo que pretenden cómplices y colaboracionistas moderados y radicales, el imperialismo y el fascismo no son variantes ideológicas y políticas “todas legítimas y respetables, porque nadie tiene razón al cien por cien” etc. El relativismo de los beneficiarios de la vía armada y desarmada muestra hasta qué punto han adoptado la hipócrita fraseología de la propaganda fascista e imperialista. Sólo son legítimas y respetables la ideología y la política que se fundan y realizan en la defensa de los derechos humanos fundamentales. Sus defensores tienen razón al cien por cien y sus agresores no tienen ninguna. El imperialismo y el fascismo son constitutivos de crímenes imprescriptibles de guerra, contra la paz y contra la humanidad. Sus autores, coautores, cómplices y auxiliares son criminales. En cuanto tales, no tienen derechos.

Todos los pueblos, dependientes e independientes, afirman su derecho inherente de legítima defensa contra la agresión, la subyugación y la ocupación y la colonización. Las Naciones Unidas han reafirmado “la legitimidad de la lucha de los pueblos por la libertad y la independencia, por todos los medios necesarios a su alcance, incluida particularmente la lucha armada”. La determinación de los medios es problema de estrategia, no de derecho.

La negación de estos derechos es la base del imperialismo, en sí mismo crimen contra el “derecho fundamental de los pueblos a la paz y la seguridad”, según la ley internacional. “Si se vacía de contenido el derecho de autodeterminación de los pueblos, se quita a la amistad de los pueblos el fundamento a partir del cual puede desarrollarse.

Es ésta la base del llamado derecho internacional, incesante y declarativamente enunciada y repetida por las Naciones Unidas. Sin que la multiplicación y la profusión de declaraciones, resoluciones, decisiones y convenciones, sincera o hipócritamente reiterativas, hayan logrado efectivamente la represión y erradicación de la peste imperialista, vergüenza del mundo

"civilizado" y primera fuente de conflictos y amenazas para la paz y la libertad de la humanidad.

Pero los imperios se deshacen, obligados a abandonar su dominación sobre los pueblos que subyugaron por la violencia y el terror y que recuperan, uno tras otro, su independencia nacional. Sólo hay un modo de impedir la marcha a la libertad y liquidar la resistencia política de los pueblos, y las naciones dominantes lo saben: acabar cuanto antes con los pueblos mismos. La carrera por la libertad de los pueblos ha entrado ya en la recta final, porque el espacio se agota, el tiempo se acaba, los plazos se cumplen. El fascismo es hoy la forma terminal, acabada, necesaria e inevitable del nacionalismo imperialista, porque la empresa sistemática de subyugación y liquidación de estados, pueblos y naciones, que se pretende absoluta, total y final, no puede ya proseguir sin el recurso a las formas totalitarias más "perfeccionadas" de represión y condicionamiento ideológico de masas.